

Vamos a Ser Familia Adoptiva...

© GENERALITAT VALENCIANA

Edita: Conselleria de Benestar Social

Elaboración: Dirección General de la Familia y Adopciones

Alicia Meseguer Felip

Eva M. Legaz Sánchez

Primera edición: mayo 1999

I.S.B.N.: 84-482-2152-4

Depósito Legal: V. 2.254-1999

Diseño e impresión: Quiles, Artes Gráficas, S.A.

No vamos a enseñar a nadie a ser padres. Ser padres de nuestros hijos es una experiencia única de cada familia, un permanente ensayo general, sin estreno definitivo posible.

Pero existen angustias, temores, muy comunes a todas las familias, y otros más concretos, muy habituales en las familias adoptivas.

Nuestra esperanza no es más que quienes se puedan ver reflejados en estas líneas, encuentren ánimo y apoyo, y algo de claridad y sosiego, en las ideas que se lanzan como respuesta a aquellas dudas que puedan ver como suyas

► Vamos a Ser Familia Adoptiva...

1

.....y todo es más complicado de lo que nos habíamos imaginado

¡hay tantos detalles a tener en cuenta...!

¡pueden aparecer tantos problemas...!

¡hemos de tener tanto cuidado...!

si lo llegamos a saber antes, igual no iniciamos la solicitud...

¡los otros padres no tienen que estudiar antes de serlo...!

¡ni tienen que hacer tantos papeleos...!

¡ni han de esperar tanto tiempo...!

¡.....ni se les examina para ver si sirven para serlo!

a veces casi es mejor no plantearse demasiado las cosas...

cuando empiezas a darles vueltas,

se van complicando cada vez más,

y te entran las dudas....

sobre los motivos que nos llevaron a decidírnos,

sobre la conveniencia de la decisión,

sobre la capacidad propia para llevarla a cabo,

sobre la acogida que le darán los demás a la idea,

incluso si todo el esfuerzo al final se verá compensado

La idea de la adopción puede parecer, cuando se empieza a pensar en ella, algo muy simple, sin mayores complicaciones que las que tiene cualquier familia de las habituales, que ya de por sí tienen suficientes. Significa llegar a formar parte de una familia muy especial para ciertos niños privados de un hogar propio y para ciertos adultos con ansias de paternidad/maternidad.

Pensar en la adopción como una paternidad/maternidad de segunda clase, o ver a las parejas infértiles como incapaces de ser personas completas son ya actualmente prejuicios superados, propios de épocas pasadas; se puede ser familia de muchas formas distintas, todas válidas.

Pero pensar por contra que es lo mismo ser familia adoptiva que familia biológica puede ser, a su vez, otro prejuicio igual de erróneo y de problemático que el anterior. A veces, sobre todo a medio y largo plazo, conlleva inconvenientes incluso mayores. Es preferible ser conscientes de que cada una tiene sus peculiaridades, y poder dedicar un tiempo a reflexionar sobre lo que

supone tomar la decisión de ser familia adoptiva.

Claro que esa toma de conciencia nos puede llevar a plantearnos que, si hay que tener en cuenta tantas cosas, añadidas además a las complicaciones normales, la adopción será entonces una carga difícilmente asumible. Se corre el riesgo de caer en el extremo contrario, e incluso llegar a pensar si merecerá la pena el esfuerzo.

Uno de los objetivos y deseos fundamentales que guían a la Administración a la hora de establecer el proceso de adopción, es prestar el apoyo adecuado a aquéllos que expresan su deseo de iniciar una andadura como familia adoptiva. Entre las funciones que se le plantean a la Conselleria de Bienestar Social, en todos los ámbitos de su actuación, una de las más apasionantes es precisamente ayudar a la población a convivir satisfactoriamente con las múltiples diferencias que, afortunadamente, conlleva el estar inmersos en una sociedad compleja, variada y rica como la actual.

Al ofrecerles la presente publicación nos mueve el interés por desdramatizar una realidad como la de la adopción, intentando plasmar la complejidad que necesariamente supone, sobre todo en el caso de la adopción internacional, el hecho de poner en contacto, de tener que coordinar, dos culturas, dos Administraciones a veces totalmente dispares. Pero, a la vez, mostrando dicha complejidad no como un obstáculo insuperable, sino como la posibilidad de acceder de una manera diferente y, a la vez fascinante, a construir una familia.

2

Bueno, bueno, tampoco es para tanto

después de todo, un embarazo normal son nueve meses de contínuos cambios, de cambios en las emociones, en las expectativas, en el espejo y en el vestuario...

...y eso sólo para empezar, que las abuelas siempre dicen que ahí dentro es donde menos molestan

para qué nos vamos a engañar:

¡ser padres es siempre complicado!

pero parece que esa forma de complicarse la vida sea muy normal,

todo el mundo tiene hijos en algún momento y, si no se había planteado que era complicado, no le queda más remedio que irse dando cuenta conforme se va encontrando las complicaciones

Pues también puede estar bien complicarse la vida siendo padres de otra manera.....

claro que será una manera distinta en algunas cosas, pero su complicación también puede resultar apasionante...

si antes de hacer algo tan definitivo nos damos la oportunidad de reflexionar un poco,

y además, contando con gente que estará a nuestro lado cuando nos haga falta...

¡podemos conseguir ser **una familia muy especial!**

Las mayores probabilidades de éxito, cuando nos planteamos ser familia adoptiva, las tendremos si no caemos en ninguno de los extremos que antes señalábamos: ni es cierto que la adopción sea una paternidad/maternidad de segunda clase, ni lo es que sea lo mismo la paternidad adoptiva que la biológica. No es ni mejor ni peor, es distinta.

Por ejemplo, en la maternidad biológica el embarazo va preparando emocionalmente a la familia; antes de nacer el niño ya se van creando unos lazos de unión entre unas personas concretas, cosa que en la familia adoptiva sólo irá surgiendo con el tiempo, conforme se vaya teniendo delante a esa persona. Pero el deseo de ser padres y la capacidad de dar amor son los mismos; es más, la familia adoptiva se constituye teniendo en su base el afecto.

Las responsabilidades educativas son las mismas en ambos casos, en cuanto que son padres y madres, pero hay tareas adicionales en la crianza derivadas del origen, de la especificidad, de la génesis de ese tipo concreto de familia: el niño posee, a priori, unas carencias evolutivas y afectivo-emocionales que los padres deben ser capaces de llevar a buen puerto. Son niños que necesitan lo mismo que todos los niños y más. No son un libro que se empieza a escribir, sino que cuentan con una primera página con algunas líneas en blanco o con borrones. La felicidad de los hijos adoptados dependerá en gran medida de la especial capacidad reparadora de su padres.

Reconocer diferencias como estas puede ser una buena forma de asumir la adopción como una forma válida de paternidad. Y además, precisamente esas diferencias pueden dar un interés distinto a la nueva situación; hay que tener claro que no son ni mucho menos obstáculos insalvables, sobre todo si se cuenta con el apoyo adecuado.

3

Si nos ponemos a pensar.....

nuestro hijo no lo será desde el momento de su concepción pero **cuando sea nuestro hijo, lo será con su pasado....** (poco o mucho, siempre tendrá un pasado, una historia, que nosotros no habremos vivido)

antes de conocerle ya tendrá nombre, que será parte de su identidad

habrá sido hijo de otros padres que no habrán podido cuidarle,

aunque hayan deseado hacerlo,

y habrán tenido que separarse.....

debe ser muy duro no tener más remedio que abandonar a un hijo, por no tener posibilidad de criarlo...

reconocer esa incapacidad debe costar muchísimo,

se tiene que querer mucho a un hijo para decidirse a ayudarlo de esa manera...

A la Administración le corresponde el atractivo pero arduo compromiso de colaborar para que todo el proceso sea un éxito. Su misión es velar por el interés del menor y adaptarse a las necesidades de aquellos niños cuyos padres biológicos, por el motivo que sea, no pueden seguir teniéndolos como hijos.

Los niños y niñas que están en situación de ser adoptados no pueden mantener los lazos de unión con la familia de la que nacieron. La posesión de una identidad propia es una de las condiciones básicas para que una persona se desarrolle de manera armónica y satisfactoria. Y la pérdida a una edad temprana de dichos lazos de unión, añadida a todas las demás pérdidas que suele llevar aparejadas, puede suponer consecuencias especialmente dramáticas para la construcción de esa identidad.

En los primeros meses y años de vida el niño depende totalmente de los demás para seguir vivo y madurar adecuadamente. Y, además, todavía no ha tenido tiempo de aprender a reaccionar positivamente ante situaciones complicadas, no cuenta todavía con habilidades propias para desenvolverse por sí mismo.

El niño que está en situación de ser adoptado habrá tenido que pasar por situaciones de pérdida o de carencia, ante las cuales lo normal es que no sepa reaccionar de una manera adaptativa y comprensible para los adultos.

Y, de la misma manera, su madre biológica, su familia biológica, habrá llegado a la decisión de darlo en adopción después de pensarlo mucho. Habrán sufrido mucho para tomar esa decisión y, a pesar de dar el paso pensando en que pueda ser lo mejor para el niño, la renuncia a seguir manteniéndolo con ellos y la aceptación de no volver a saber nada más de él puede ser un momento muy traumático, una herida que tal vez no llegue a cerrarse totalmente nunca.

Hacerse una imagen de una madre biológica sin sentimientos, sin escrúpulos para abandonar a un hijo, podría servir a veces para justificar que seamos los padres adoptivos los que vayamos a disfrutar con la presencia del niño. Sería algo así como decir "nosotros nos merecemos más que ella tener un hijo". Pero, ni necesitamos compararnos, ni justificarnos, ni es cuestión de acumular méritos; cada uno tiene sus circunstancias.

En cambio, la imagen que tengamos nosotros de ella, de mayor o menor respeto y comprensión hacia su situación, será la que transmitamos a nuestro nuevo hijo y, la que contribuya a que él se cree la imagen de su propia identidad. En ocasiones, los niños, con su forma de razonar infantil, entienden que sólo aquello que no es valioso, aquello que no es querido, acaba abandonándose como se les puede haber abandonado a ellos en un momento determinado.

Por ello, si no se habla con ellos sobre los posibles motivos de abandono de su familia biológica en términos de comprensión y de aceptación, pueden surgir en ellos sentimientos negativos hacia sí mismos, imaginándose, por ejemplo, que si se les llegó a abandonar fue por culpa suya, por haberse portado mal o ser malos hijos.

y, en cambio, **nosotros no podemos ser padres de una manera normal**, también es casualidad que nos haya tocado a nosotros no poder tener hijos como los tiene todo el mundo, hijos biológicos...

o a lo mejor no es casualidad...

¿y si no vamos a servir como padres?

dicen que la naturaleza es muy sabia, y si no nos permite tener hijos naturales, igual es mejor que no seamos padres de ninguna manera ...

¡aunque tampoco veo que tenga que ser así necesariamente!

a fin de cuentas, somos personas normales, como cualquiera que quiere tener hijos,

claro que...

Llevamos mucho tiempo con el tema de si adoptamos o no,

puede llegar a obsesionar la necesidad de tomar una decisión,

le das tantas vueltas a si quieres hacerlo

y al porqué...

Existen múltiples problemas con los que nos podemos encontrar a lo largo de nuestra vida, que parece que simplemente nos hayan tocado por suerte, porque la naturaleza no es perfecta, o porque nadie elige dónde y cuándo nace, ni los padres que le tocan.

En muchos casos, la decisión de adoptar parte de la imposibilidad de tener hijos por otros medios. Y ello puede ser un problema con el que nos encontremos precisamente en el momento en que deseamos tener hijos. Darse cuenta de la infertilidad propia o de la pareja puede ser un duro golpe, mucho peor que tener que asumir otros tipos de carencias. El sentimiento de dar continuidad a la propia existencia es común a todas las especies vivas, y la esterilidad ha sido vista desde siempre como una minusvalía, un tabú, e incluso un castigo por culpas cometidas.

Por motivos como estos u otros similares, muchas personas que se deciden a solicitar la adopción de un menor han tenido que pasar por un proceso de duelo (como cuando se pierde a un ser querido y se tiene que asumir la pérdida), aunque en este caso se trata de aceptar la imposibilidad de tener hijos biológicos. Según las circunstancias de cada uno, puede variar enormemente en su intensidad, en su duración, en las reacciones que pueda provocar y en lo costoso de su elaboración.

Se puede tardar muchos años en llegar a la certeza de que no se va a poder tener descendencia biológica, o se puede perder en un accidente fortuito a un hijo de manera repentina. Pero cualquiera de los distintos duelos tiene que estar cerrado, se tiene que haber podido volver a hacer una vida más o menos normal, si se quiere acceder a la adopción en condiciones

adecuadas de recibir al nuevo hijo.

Es algo así como cuando se pierde a la madre, siendo ella muy mayor y habiendo pasado muchos años felices junto a ella. Al principio, la pena puede impedirnos llevar una vida normal y satisfactoria. Pero, al cabo de un tiempo, esa pena profunda se irá transformando en un buen recuerdo y en resignación por un hecho que tenía que suceder antes o después, aunque nunca queremos que ocurra. Y el curso de la vida volverá a su normalidad y volveremos a disfrutar con las demás personas que tenemos a nuestro alrededor.

A la vez, para que el proceso sea completo, es fundamental ser conscientes también de que la capacidad de ser padres, de tener hijos y de criarlos satisfactoriamente, es algo diferenciado de la capacidad biológica de engendrar hijos. Además, al igual que los padres biológicos, también los padres adoptivos son capaces de generar vida. Como ya hemos comentado, los seres humanos, en nuestras primeras etapas de crecimiento, dependemos por completo de los adultos para tener posibilidades de llegar a desarrollarnos como tales. Y esa es una responsabilidad que puede asumir todo aquel que esté dispuesto a ello.

5

¿Y cómo sabemos nosotros, además, que estamos preparados para asumir las diferencias?

¿tenemos realmente claro que la adopción es una forma válida de ser padres?

¿o nos preocupará tener que reconocerlo ante nuestros hijos?

¿será bueno fijarse en cómo actúan los padres biológicos y compararnos con ellos?

¿tendremos que demostrar que también somos válidos?

Porque... ¿nos estarán mirando todos con lupa?

Todos sabemos que, afortunadamente, no existen títulos de "padres perfectos", ni son necesariamente más naturales o más normales los hijos biológicos o los hijos adoptivos, ni existe una relación directa entre capacidad fisiológica y paternidad psicológica.

La naturaleza será muy sabia, pero no es perfecta, y por ello hay quien, fisiológicamente, no puede engendrar hijos, de la misma forma que hay quien es sordo desde que nace, o quien va desarrollando una miopía conforme va creciendo.

Pero, normalmente, cuando se vive una pérdida o se asume una carencia importante, como puede ser tomar conciencia de la infertilidad propia o de la pareja, éste es un proceso muy personal, que cada uno va elaborando y al que se va resignando poco a poco y por su cuenta, o como mucho compartiéndolo con la familia más cercana. Sin embargo, cuando se inician los trámites para una adopción, muchas personas entran a participar de una situación muy concerniente a la intimidad propia. Parece que busquen, entre todos, ir a escarbar donde más duele. Y, además, serán esas personas las que tendrán que elaborar los informes psicosociales de las familias que solicitan ser padres adoptivos.

La Administración, efectivamente, tiene encomendada la responsabilidad de asignar a cada niño una familia que se haya valorado como idónea para adoptarlo. Pero esa valoración no es, ni mucho menos, la parte más importante del proceso. Casi cualquier familia, concediéndose un poco de tiempo para la reflexión, puede estar perfectamente capacitada para ser familia adoptiva. Y si en un momento concreto no lo está, tampoco tiene porque ser nada irreversible o determinante para el resto de su vida.

Con la idoneidad no se buscan padres perfectos, sino normales, aunque también es muy complicado establecer qué es ser normal. Hemos de ser conscientes de que nadie está en posesión de la verdad. Lo fundamental es tener la suficiente flexibilidad, y a la vez firmeza de ánimo, como para asumir con paciencia y generosidad las distintas posibilidades y condiciones en las que se va a recibir al nuevo hijo. Habrá que poseer capacidad reparadora y disponibilidad para dar amor a un hijo que habrá sido objeto de maltrato, en mayor o menor medida, ya que todo abandono lleva implícito ese sufrimiento psíquico y en ocasiones físico en la infancia.

Además, es importante tener claro que el destino de los informes, que se realizan a todos los solicitantes de adopción, no es exclusivamente valorar su idoneidad como futuros padres adoptivos, compromiso que tiene asumido nuestro país por la legislación vigente en los convenios internacionales. Su razón de ser, en gran medida, es la conveniencia de poderles presentar adecuadamente ante los técnicos encargados de asignarles a su futuro hijo, en su país de origen. La selección de las familias ha de hacerse en función de las necesidades de los niños que hay dispuestos para ser adoptados, más que en base a una lista de características establecidas a priori. Y es por ello y por la dispar estructura administrativa de cada país de origen que, en muchos casos, la espera para recibir al nuevo hijo se prolonga más de lo que todos desearíamos.

La Administración, en definitiva, tiene la responsabilidad de facilitar unas condiciones de desarrollo satisfactorias a aquellos niños que no han podido disfrutar de ellas con su familia biológica. Y esa responsabilidad no sólo se limita al hecho puntual de asignar una familia a un niño. Dicha asignación forma parte del complejo proceso que va desde el momento en que la familia expresa el deseo de adoptar a un niño hasta que la propia familia asume satisfactoriamente su condición, y convive con naturalidad con las características peculiares de ser adoptiva.

Por ello se plantea un nuevo modelo, compuesto por diversas fases (Información, Formación, Valoración, Acoplamiento, Seguimiento y Servicio Post-adopción¹) que, a modo de eslabones, intenta adaptarse, en primer lugar, a lo que son las necesidades particulares de los niños que están en situación de adoptabilidad, y además a lo que es la realidad de una familia adoptiva en cada momento por el que atraviesa.

¹ Ampliamente desarrollado en la segunda edición de la Guía para la Adopción.

¡Ya vamos a recogerle!,

¡ya nos han dicho cómo se llama!

¡cuántas cosas nos podemos imaginar!

¿cómo será?

¡qué nervios!

¿le pareceremos bien?

¿tendrá ganas de vernos?

¿qué podremos hacer para que esté a gusto con nosotros?

¿qué tendremos que llevarnos para recibirle bien?

¿nos volvemos lo antes posible a nuestro hogar o nos damos un tiempo de viaje turístico por su país para conocernos mejor y aprovechar el hecho de haber ido hasta allí?

A veces nos encontramos con personas que, al ponerse delante de un niño consiguen ganárselo enseguida; son personas con facilidad para conectar con los más pequeños, con las que se ve que cualquier niño se queda a gusto.

Está claro que cada uno tenemos nuestro carácter, y que sería absurdo pretender ser lo que no resulta natural. Pero, si nos fijamos un poco, hay pequeños detalles que se puede intentar tener en cuenta, en el momento de situarnos delante de un niño o una niña con el que nos encontramos por primera vez, y que esperamos que, poco a poco, nos llegue a sentir como padres.

No pretendemos elaborar una fórmula magistral, pero al menos señalaremos algunas pinceladas que pueden resultar útiles en los primeros momentos:

- ▶ ponerse físicamente a su nivel,
- ▶ mirarle y dirigirse a él sin prisas,
- ▶ sonreír sin esperar que sonría,
- ▶ no hablar mucho, y hacerlo despacio, sobre todo si su lengua materna no es la nuestra,
- ▶ gesticular todo lo que se pueda, acompañando a las palabras, pero que los gestos sean pausados, sin movimientos bruscos,
- ▶ probar a imitar algún gesto o expresión suya sonriendo,
- ▶ ir intentando el contacto físico poco a poco, sin agobios,
- ▶ no esperar reacciones normales a nuestras expresiones,

- ▶ reconocer la normalidad de estar todos un poco nerviosos,
- ▶ darse y darle tiempo.

Englobando todo lo anterior, es importante proveerse de grandes dosis de generosidad y de amor incondicional. No por vernos inicialmente rechazados o poco aceptados vamos a fracasar, a la larga, en nuestro nuevo papel. En ese mismo sentido, vale la pena también que nosotros intentemos aparcar en ese primer momento cualquier juicio que nos pueda surgir sobre su apariencia física o sus reacciones, y no porque no haya que hacerlos si son positivos. Pero, en caso de que hubiera algo negativo, nos puede condicionar para establecer ese primer contacto, siendo algo que carece de importancia y que puede resultar totalmente pasajero.

Si el contacto se hace de forma paulatina, es decir, si después del primer encuentro hay ocasión de verse alguna vez más, antes de que el niño se quede definitivamente con los nuevos padres, será bueno ubicarle lo antes posible, aunque no nada más entrar en contacto, tanto sobre quiénes somos como sobre nuestro deseo de que venga a vivir con nosotros. Aunque normalmente ya se lo habrán explicado sus cuidadores, será bueno que lo oiga de nuestros labios. También estará bien explicarle el viaje de ida al nuevo hogar (sobre todo si se trata de una adopción internacional), prevenirle sobre su duración, a la vez que se le anima a realizarlo.

En estos momentos de contactos iniciales se puede echar mano, para ofrecérselos y observar su reacción, de objetos variados que tengamos a nuestra disposición: lápices, papeles, fotos u otras cosas que llevemos dentro del bolso. No hace falta proveerse de juguetes o instrumentos sofisticados para llamar su atención. Cualquier cosa, acompañada de una explicación y mostrándole cómo se puede utilizar o el interés que puede tener, servirá para interactuar con él e ir teniendo una guía sobre sus preferencias.

Si, por su edad y país de origen, ya maneja otro idioma distinto al nuestro, será bueno conocer algunas palabras y expresiones del mismo, sobre todo para facilitar nuestra comprensión de lo que él nos quiera decir. Pero, a la hora de expresarnos nosotros, vale la pena acompañar nuestro lenguaje hablado con gestos, y dirigirnos a él de entrada tal como hablamos nosotros. Será la forma más natural de darnos a conocer desde el principio. Entre otras cosas, es bastante probable que intentemos hablar en su idioma y no lo hagamos de forma lo suficientemente clara como para que nos entienda.

Una duda que se plantea a veces en adopción internacional, a la hora de imaginar el viaje para recoger al nuevo hijo, es si un viaje así dará para dedicar unos días a recorrer un poco el país, que seguro que resulta lo suficientemente atractivo como para ser visitado y conocido. Antes de entrar en contacto con el niño, sí que suele haber un periodo de espera, aunque muy irregular e imprevisible.

Pero cualquier familia que ya tiene al niño, y sobre todo cuando ya está la documentación arreglada, está deseosa de volver a casa. Cabe pensar también que cualquier niño, sobre todo si ya no es un bebé y va siendo consciente del entorno que le rodea, estará impaciente por conocer su nuevo hogar, y por empezar una vida normal en familia. Habitualmente, por tanto, en cuanto sea posible se realizará el viaje de vuelta, para situarse en lo que va a ser el funcionamiento normal a partir de entonces.

Más adelante, cuando el niño sea más mayor y estén bien claros los lazos de unión de la nueva familia adoptiva, será muy interesante y satisfactorio para todos que, por ejemplo, en unas vacaciones o con motivo de alguna celebración, se organice un viaje a conocer todos

juntos el país de origen del niño. Esta puede ser una manera lúdica y entrañable de que éste asuma completamente su identidad, tanto porque se dará cuenta de que existe mucha gente allí con rasgos étnicos similares a los suyos, como porque los padres adoptivos le podrán transmitir el respeto y el interés que sienten por sus orígenes.

En este sentido, existen ya en nuestra Comunidad asociaciones que reúnen a familias adoptivas de orígenes concretos, que organizan fiestas y otras actividades conjuntas, e incluso preparan viajes colectivos con dicha finalidad.

7

y... ¿realmente **nos llegaremos a sentir una familia** todos juntos?

¿qué podremos hacer para sentirnos padres e hijo/a?

Porque una cosa es que nos den la documentación y nos traigamos a un niño a casa y le arreglemos una habitación, y otra bien distinta es que nos sintamos una familia...

la adopción será ya definitiva desde que nos den al pequeño y se venga con nosotros, y tengamos los documentos en orden, pero no podemos pensar que las cosas vayan a funcionar rodadas desde el primer momento y para siempre,

y que no nos entren dudas, momentos de desánimo, o incluso de desesperación...

¡...pero si hasta a los padres más maravillosos les entran ganas muchas veces de tomarse unas vacaciones, de desconectar!

Al inicio de cualquier relación, si se quiere que ésta tenga futuro, se ha de pasar por una fase de acoplamiento, en la que cada una de las personas interesadas necesariamente habrá de hacer un esfuerzo de adaptación a las costumbres, intereses y necesidades del otro.

Una pareja que empieza a convivir en un mismo hogar, después de conocerse durante un tiempo más o menos prolongado, necesita de grandes dosis de ilusión, paciencia, generosidad y capacidad de empatía, en definitiva de amor, por parte de ambos para que dicha convivencia tenga éxito. Y eso es así a pesar de conocerse ya anteriormente y de ser los dos personas adultas, decidiendo libremente y eligiéndose el uno al otro.

En el inicio de una familia adoptiva, todas las circunstancias nos llevan a pensar que lo normal es que sea todavía más complicado: ninguna de las dos partes de la nueva relación ha elegido expresamente a la otra y se encuentran por primera vez para ya empezar a convivir directamente. Además, uno de los dos es un niño pequeño, para el que los adultos piensan que será bueno tener unos padres, pero al que normalmente no se le habrá preguntado si quiere irse a vivir con ellos (aunque en algunos casos, sobre todo en niños mayores, sí que se les consulta), ni es probable que su corta vida anterior haya sido lo suficientemente ilusionante como para tomarse una nueva relación con ánimo.

A partir de estas premisas, la ilusión y la paciencia, fundamentalmente de los nuevos padres, y del apoyo de los que les rodean, familia, amigos y profesionales, han de conseguir crear unos

vínculos afectivos, unos lazos de unión que se traduzcan en un deseo de estar juntos, necesarios para llegar a sentirse una familia.

8

a lo mejor nos encontramos **que reacciona de manera inesperada,**

que llora por nada,

o que no sonríe,

o que tiene reacciones agresivas sin motivo,

o que tiene miedo por cosas sin importancia,

o que se nos pega para ir a todas partes,

o que se va con todo el mundo menos con sus padres,

o que no es todo lo inteligente que nos gustaría,

o que parece no darse cuenta de nuestros sentimientos...

Uno de los temas que más habitualmente provocan ansiedad a los nuevos padres adoptivos es no saber cómo va a reaccionar el niño, cómo se va a portar, si se entenderán, si podrán contactar fácilmente. Al no conocerse desde el principio, pueden haber pasado antes cosas que influyan en su manera de ser, y se teme no saber reaccionar adecuadamente.

Efectivamente, según cómo haya ido su evolución previa y si ha sufrido más o menos carencias o pérdidas significativas, la reacción del nuevo hijo ante nuevas situaciones puede variar enormemente. El mismo niño puede irse de un extremo agresivo a otro pasivo en poco tiempo, puede volverse inexpresivo, desconfiado o miedoso, o puede buscar de forma exagerada el contacto físico o agrandar a los demás.

Muchas reacciones inesperadas y otras condiciones particulares, y la falta de preparación para asumirlas, dificultan a veces, desde el inicio de la relación, que se establezcan unos lazos de unión satisfactorios. Y una dura consecuencia a medio o largo plazo, que se está observando ya en otros países con larga tradición en adopción, es el fracaso de la familia adoptiva en su intento por serlo. Esto se hace patente, sobre todo, cuando el hijo llega a la adolescencia, cuando va tomando conciencia de su identidad por sus propios medios, y reclama a los padres explicaciones, información o, a veces, incluso disculpas por haber decidido tenerlo como hijo.

Por muy pequeño que sea el niño en el momento del encuentro, existen al menos cuatro condiciones básicas que conviene tener en cuenta a la hora de iniciar la nueva relación:

- ▶ Antes de nacer ya poseerá una herencia genética que, sencillamente, no será la de los padres adoptivos; y no decimos con ello que sea mejor o peor, será otra y nosotros no conoceremos más que las características comunes a su etnia, no podremos anticipar que vaya a ser más o menos alto, más o menos fuerte, o más

o menos moreno.

► Durante la época de gestación y la que rodea inmediatamente al parto, los cuidados recibidos, la alimentación y la fortaleza de la madre biológica para llevar adelante el embarazo, condicionan la formación del feto y su evolución inmediatamente posterior al parto; el desarrollo neurológico, por ejemplo, no se completa hasta algunos meses después del nacimiento, y los cuidados recibidos en este periodo condicionan bastante la adquisición de algunas habilidades intelectuales y características de la personalidad.

► El tipo de relación que se establezca con el bebé desde el momento del nacimiento, los vínculos que consiga con su madre biológica o con otras personas que estén a su alrededor, si sus relaciones son más o menos intensas, estables o fiables, suponen una parte fundamental de su experiencia más temprana; la forma de vincularse afectivamente con las demás personas es una de las primeras pautas de funcionamiento que aprende e interioriza cualquier bebé, lo cual quiere decir que, en función de la experiencia inicial que haya tenido, va a tender a relacionarse de una manera o de otra; no es lo mismo, como veremos luego, que se hayan establecido unos vínculos seguros y estables, u otros inseguros o desorganizados, o que no se hayan llegado a conseguir vínculos de ningún tipo.

► La edad que tenga en el momento del encuentro con los nuevos padres, lógicamente, va a condicionar que las relaciones se establezcan de una manera o de otra; pero, en este sentido, hay que tener en cuenta que las pautas evolutivas que tenemos como referencia en nuestro entorno social y cultural, es decir, lo que estamos habituados a que hagan o sepan los niños a cada edad, no se puede aplicar directamente a otros distintos; la capacidad de comunicación verbal, el nivel de razonamiento o el interés por un tipo de juego u otro puede variar tremendamente de unas culturas a otras y de unos niveles de desarrollo a otros.

En concreto, como comentábamos antes y tal como sucede con cualquier bebé, según la forma en que se hayan relacionado sus cuidadores anteriores con el nuevo hijo, según como se hayan vinculado con él desde el momento de su nacimiento, éste se habrá acostumbrado a reaccionar de una manera o de otra, como forma casi instintiva de conseguir la atención y los cuidados de dichos adultos. En base a estas costumbres adquiridas en su escaso tiempo de vida, ya se pueden observar posteriormente algunas formas de reaccionar casi automáticas, cuando el niño entra en contacto con nuevas personas. Nos podemos encontrar, así, reacciones que nos resulten sorprendentes porque no serán las que habitualmente tenga un niño de nuestro entorno.

Un mismo niño puede mostrar, durante el tiempo en que se vaya adaptando a su nuevo hogar, conductas muy variadas. Pero lo normal es que tienda a reaccionar y a comportarse de una manera más o menos característica, que dependerá en gran medida de su experiencia previa, y que en algunos casos, como los siguientes, puede provocar cierta preocupación:

► En ocasiones, el niño se pega enseguida a cualquier persona mínimamente significativa, con la que se relaciona satisfactoriamente, aunque se acaben de conocer; posteriormente, cada vez que pierda de vista a esa persona con la que se ha vinculado, o tema la posibilidad de que ocurra una nueva pérdida, puede sufrir enormemente, llegando incluso a bloquearse. En un caso así, los lazos de unión, o vínculos afectivos, con los que haya contado previamente el niño es probable

que hayan resultado angustiosos, que se le hayan dado unos cuidados escasos, inseguros o carentes de la atención y la empatía adecuada, en el caso, por ejemplo, de madres jóvenes, inexpertas y agobiadas con la inseguridad de su propia existencia. Esto le llevará a no confiar en que se quiera estar con él, no estará seguro de ir a contar con alguien a su lado cuando lo necesite, y puede verse una angustia de separación muy marcada, es decir, un sufrimiento importante al perder de vista a la persona con la que ha establecido un mínimo vínculo, e incluso al temer que esto ocurra.

► Otros niños pueden mostrar especiales dificultades para adquirir nuevos hábitos y también, en ocasiones, bloqueos, falta de expresividad o aspecto de estar congelados, pero sin que se pueda entender si ha habido una causa directa para ello. Los vínculos establecidos con sus figuras de cuidado previas tal vez no hayan tenido una estructura clara ni una relación estable entre lo que el niño hace y las consecuencias que obtiene; no habrá tenido en su entorno a nadie accesible como fuente de seguridad y alivio, muchas veces porque los propios adultos con los que haya estado habrán sufrido una vida desorganizada o una importante inestabilidad afectiva, dadas las condiciones de su entorno, y no habrán sido capaces de transmitir coherencia o estabilidad a la vida del niño.

► Sobre todo en niños mayores, podemos encontrar a veces problemas para formar vínculos nuevos, desconfianza, esfuerzos por actuar lo más posible de manera independiente, con expresiones del tipo "no puedo confiar en que vayas a estar junto a mí cuando te necesito, por lo que voy a contar sólo conmigo"; estas actitudes se pueden dar por relaciones previas evitativas, es decir con cuidadores que no han querido o, más probablemente, no han podido atenderlos y darles todo el cariño necesario, muchas veces por tener que luchar por conseguir la supervivencia de la familia; por miedo a nuevos rechazos, cada vez más dolorosos, y después de haberse tenido que acostumbrar a valerse por sí mismos todo lo posible, niegan tanto que necesiten el afecto de los demás como que deseen dar a la vez el suyo a nuevas personas.

► Puede darse, asimismo, la posibilidad de que el niño no haya llegado a tener la ocasión de unirse afectivamente a nadie en concreto, si, por ejemplo, ha ido pasando de un lugar a otro y no ha tenido una figura de referencia lo suficientemente estable y duradera, que haya atendido a la evolución de sus necesidades básicas. Como consecuencia, se pueden detectar profundas carencias madurativas, pero también importantes dificultades para adquirir hábitos estables y para expresar sentimientos de apego, dada la falta de atención sufrida. Se pueden detectar también en ocasiones, en estos casos, reacciones extrañas, como automatismos o movimientos estereotipados, es decir, repetitivos y sin sentido aparente, adquiridos habitualmente para compensar la falta de estimulación externa.

¿Qué podrá significar que se muestre tan extraño?

¿habremos hecho algo inadecuado?

¿será que no quería venirse con nosotros?

¿no le caeremos bien?

¿no seremos buenos padres?

¿es que no llegaremos a congeniar nunca?

¿llegará a comprender nuestras intenciones?

¿cómo conseguiremos que llegue a querernos?

¿O, tal vez, ha sido tan dura la situación anterior con sus padres biológicos y con sus otros cuidadores que le ha quedado un mal carácter irreversible?

Todas las posibilidades apuntadas antes, hay que saber que son sólo eso: posibilidades. No necesariamente tienen que aparecer una u otra circunstancia, o una combinación de varias. Pero si tenemos presente y muy claro que su existencia no depende directamente de nuestra actitud o de la situación actual, sino que pueden ser fruto de experiencias previas, la ansiedad ante su aparición disminuirá y nos dará más confianza para continuar, dándole a nuestro nuevo hijo el cariño necesario para que los problemas vayan disminuyendo, y se vaya estabilizando su estado de ánimo y su carácter.

Los problemas pueden aparecer cuando se espera de los niños que son dados en adopción que se relacionen con sus nuevos padres como niños vinculados de forma segura. Los niños que han tenido, desde su nacimiento, un entorno social que haya facilitado su seguridad y su confianza, coherente en su actuación y que haya satisfecho sus necesidades, se muestran relajados, confiados y dispuestos a disfrutar de nuevas experiencias. Pero esa no es la situación habitual de un niño que está en disposición de ser adoptado.

Si se espera que la actitud del nuevo hijo adoptado sea la normal de cualquier niño, sorprenderá que sus reacciones no sean contingentes, es decir que no guarden una relación directa con los mensajes que se le manden. En ese caso, al no obtener la reacción esperada, los nuevos padres corren el riesgo de sentirse desconcertados y de desanimarse, porque puede resultar desalentador y poco gratificante unirse afectivamente, establecer una relación personal, con un niño que no responde a las expectativas que se habían creado.

Por contra, si se asume la posibilidad de que aparezcan dificultades, no nos sorprenderá su aparición. A base de grandes dosis de paciencia, generosidad, ilusión y, sobre todo, amor desinteresado y de larga duración se irá compensando su desorganización, sus reacciones extrañas y sus pérdidas y carencias previas. Es posible también que en ocasiones venga bien una intervención especializada, que nos ayude a entender y manejar la situación, y habrá que asumir que es importante saber pedirla a tiempo, antes de que las relaciones se vuelvan demasiado tensas o se cronifique una forma de convivir insatisfactoria para todos. Conforme

se va dejando pasar el tiempo así, cada vez es más difícil retomar la ilusión inicial. Y hay que tener claro que es normal necesitar la ayuda de los demás en situaciones tan complejas, y ser consciente de las propias limitaciones puede ser un signo de madurez personal.

La situación en la que llega nuestro nuevo hijo nunca es irreversible. Los niños son siempre más flexibles de lo que imaginamos, son capaces de evolucionar positivamente a partir de situaciones realmente duras, sobre todo si cambian a un entorno acogedor, relajado y que ofrezca seguridad y estabilidad. Y, además, saben hacerse merecedores, con sus escasas habilidades infantiles, del cariño y de la atención de los que les rodean.

Sólo dos ideas básicas hay que tener claras, en cuanto a nuestra **actitud general** como nuevos padres:

- ▶ No amenazarle nunca con el abandono como forma de conseguir su atención, ni culpabilizarle de nuestros males o de los de otros familiares como forma de hacerle reflexionar sobre su comportamiento,

ideas como, por ejemplo, que desde que está con nosotros no dormimos tranquilos, aunque sean expresadas sin darles mayor importancia, para el niño pueden significar una terrible amenaza, dado que si no estamos a gusto con él, igual pensamos en abandonarle, tal como ya lo han hecho antes otros.

Si se observan reacciones de bloqueo o de sufrimiento desmesurado, cabe pensar en que haya sentido una amenaza en este sentido. Vale la pena intentar inicialmente que no sufra más, que se sepa acogido, ser sinceros y reconocer nuestra inexperiencia, expresándonos claramente en ese sentido y sobre cuál es nuestro ánimo real, y dándole tiempo a él, a su vez, para que se vaya tranquilizando; todos nos tenemos que acoplar, es normal que al principio no sintamos ni verdadera necesidad ni capacidad clara de vinculación, pero hemos de expresarle todas las veces que haga falta que nunca vamos a abandonarle, que somos una familia para todo y para siempre.

- ▶ No perder de vista, por otra parte, que nuestro objetivo último es, en todo caso, que nuestro hijo sea una persona madura, autónoma y capaz de disfrutar con sus propios logros y posibilidades de desarrollo. Por ello, es fundamental que, a pesar de armarnos de paciencia y de mostrar sensibilidad y amor incondicional, mantengamos una actitud estable y coherente con lo que son los principios habituales para educar a cualquier hijo.

Siguiendo con el ejemplo anterior, aunque no debemos transmitirle que exista una relación directa entre nuestros problemas de sueño y su llegada, eso no significa que un horario de sueño estable no sea importante; aunque cueste conseguirlo, es importante para él que mantengamos como objetivo que duerma una cantidad suficiente de horas y con un horario adecuado.

Pero seguro que, a pesar de todo, en alguna ocasión nos desconcierta con **su manera de actuar**,

que no hay forma de que tenga un horario de sueño estable,

o que no quiere comer un buen plato de paella,

o que no atiende a lo que se le pide,

o que no se distrae con nada (¡ni con los anuncios de la tele!),

o que es él el que nos dice a nosotros cómo tratarle (¡como si fuera él el padre y nosotros los hijos!) o que parece que no sepa jugar...

¿y qué podemos hacer entonces?

porque, no sabiendo qué ha pasado antes, igual estropeamos más las cosas que las arreglamos,

¿nos enfadamos?

¿le castigamos?

¿le damos explicaciones sobre cómo vemos las cosas?

¿le dejamos tiempo, hasta que se vaya dando cuenta de cómo pensamos que puede hacer las cosas?

¿no se supone que todos los niños, cuando son pequeños, juegan con cualquier cosa?

A lo mejor, sí que hay algunas cosas que podemos tener previstas. Por ejemplo, si nos asustamos o nos sorprendemos demasiado de sus reacciones, o tenemos mucha prisa porque se acomode a nuestros ritmos y nuestras costumbres, o pretendemos razonar todo lo que hacemos y que nos comprenda a base de explicárselo todo de manera minuciosa... igual lo que conseguimos es transmitirle nuestra angustia, y eso no ayudará a crear un clima de confianza.

Uno de nuestros objetivos fundamentales en los momentos iniciales y ante cualquiera de estos tipos de reacción (un mismo niño puede reaccionar de muchas maneras distintas) es que el niño constate que su relación con los demás tiene unas **consecuencias estables** en su entorno, es decir, que se vaya dando cuenta de que siempre que muestra él una conducta, nosotros reaccionamos de una manera clara y sistemáticamente igual, aunque a veces tenemos que reconocer que eso puede dar mucha pereza.

Cuando un niño se despierta siempre muy pronto, incluso de madrugada, es normal que llegue a la noche muy cansado, y por lo tanto muy pesado, con lo cual la tentación habitual es intentar acostarlo lo antes posible, para poder descansar todos. Pero, claro, conforme se le va acostando más pronto, va despertándose antes por la mañana y, sin darnos cuenta, la situación puede ir

empeorando. Habrá que tener la suficiente paciencia como para, entre otras cosas, aguantar por las noches cada vez un poco más, y durante un periodo prolongado para que, poco a poco, vaya cambiando el hábito de por las mañanas. Puede ser una tentación muy grande asumir que el niño es poco dormidor y que vale la pena acostarlo pronto, para que por lo menos duerma algo. Pero así no haremos más que agravar el problema.

En otros casos, más que el hecho de que hagamos algo concreto, lo que va a influirle es que expresemos alegría por lo que él hace bien, o que no prestemos atención a lo que no resulta acertado. Sólo en el caso de que sea algo realmente molesto o problemático, aparte de comprender que no lo supiera, habrá que explicarle nuestras costumbres, no prejuzgando que ya debería saberlo.

Un niño, por ejemplo, de tres o cuatro años al que llevemos de paseo puede ser especialmente movido, y será capaz de recorrer el triple de espacio que nosotros en el mismo tiempo. Y nuestra urgencia porque se dé cuenta de que debería estar más tranquilo nos puede angustiar enormemente y no solucionar nada. Es preferible tener prevista la posibilidad de que se quiera mover, y pasear por sitios tranquilos y seguros, a la vez que se le va explicando que puede haber tiempo para todo, para moverse y para estar quieto, y que se va probando a hacer cosas con él distintas a dejarle correr y ya está, mientras estamos nosotros sentados en un banquito hablando con los amigos.

No es cierto que el juego sea algo que en cualquier niño surge espontáneamente, se puede aprender a jugar y puede ser muy gratificante enseñarle a nuestro hijo.

La mejor manera de que cualquier niño se guíe por unas normas y unas costumbres, que sus mayores consideran adecuadas, es que él mismo las asuma como propias y conozca los beneficios que le puede suponer dicha actitud, es decir, que interiorice los modelos que se le van mostrando. Pero cuando un niño llega con unas costumbres distintas, normalmente menos beneficiosas para sí mismo, es importante que nos mostremos coherentes en nuestros criterios, que le demos estabilidad y regularidad a nuestras rutinas, pero, a la vez, que seamos sensibles a sus necesidades, y, aunque sea algo que ya hemos repetido, dispongamos de un amor de larga duración.

La **paciencia**, el estar dispuestos a mantener el amor a pesar de todo, es una actitud importante. Muchos familiares y amigos pueden mostrarse, inicialmente, muy dispuestos a apoyar y ayudar en lo que haga falta a los nuevos padres adoptivos. Su colaboración será determinante en los primeros momentos de llegada del nuevo hijo. Son días en los que hay que pensar en un montón de cosas que no se habrán podido prever de antemano. Las condiciones en las que llegue el niño pueden variar enormemente, sin que se pueda anticipar demasiado con la descripción que se nos haya hecho antes de ir a recogerle.

Pero el interés y, más aún, la capacidad para mantener la colaboración se van acabando con el tiempo. Lógicamente, cada familia y cada persona tiene su vida y sus ocupaciones, y poco a poco irán retirando su apoyo a los nuevos padres, sobre todo en cuanto a dedicación de tiempo. Además, cuando el niño llega con carencias o problemas especiales, y cuesta, por ejemplo, que adquiera unos hábitos estables, puede ocurrir que los que rodean a la familia se vayan cansando de seguir intentándolo. Sin embargo los padres, aunque sean los únicos, deben mantener la misma actitud coherente y estable con la que empezaron. Es su familia, tal como ellos lo habían deseado, y son ellos los que habrán de darle un futuro satisfactorio.

Normalmente, cuando se plantean cuestiones de educación de los hijos en general, un aspecto de la actitud de los padres en el que los profesionales suelen estar bastante de acuerdo es en que, si se cede fácilmente a las manías, gustos, urgencias o deseos inmediatos de los hijos, cada vez va siendo más difícil negarse y que nos hagan caso si intentamos mantenernos en nuestro empeño de negación del deseo. Pero, en nuestro caso, el nuevo hijo puede vivir como una amenaza muy seria de rechazo que tomemos esa recomendación al pie de la letra, con lo que nos encontraremos con un bloqueo del que puede ser difícil salir.

Si se pretende que se acostumbren a comer de todo, puede estar bien mantenerse firme en que no coman el postre hasta que no se hayan acabado los platos anteriores. Pero el tipo de alimentos que le ofrezcamos, por muy apetitosos y sanos que nos resulten a nosotros, pueden no tener nada que ver con sus costumbres previas. Y mantener desde el principio que coma lo que le ponemos delante puede resultarle a él muy amenazante y a nosotros muy frustrante.

Es preferible, en cambio, no pretender empecinarnos en conseguir todo lo que nos proponemos a la primera, y ceder antes de que resulte demasiado complicado.

Pero, en todo caso, y manteniéndonos en el criterio de que es bueno que se acostumbre a comer de todo, seguiremos intentando conseguirlo en ocasiones posteriores, fijándonos metas más pequeñas con las que ir habituándole paso a paso, expresándole a la vez nuestra satisfacción cuando vaya captando los beneficios que, a la larga, tiene dicha idea.

Hemos de reconocer que el tener cuestiones como las anteriores en cuenta puede añadir complicación a una tarea ya tan complicada como el ser padres. Es muy fácil caer a veces en sentimientos o expresiones, fruto del puro cansancio, de rencor o de desprecio hacia los culpables del equipaje con el que ha llegado el niño. Y esas expresiones se las podemos transmitir a él, o incluso tomarlo a él mismo por culpable de sus malos hábitos.

No nos asustemos de nuestros sentimientos, ni de que nos entren ganas de arrepentirnos de habernos metido en esta historia: cualquier padre y cualquier madre siente algo así más de una vez, y no por ello son peores padres. Todos los hijos son capaces de hacerse difícilmente soportables en determinados momentos, tengan el origen que tengan. Pero si esos problemas se los achacamos a los orígenes de nuestro hijo, en vez de solucionar un problema puntual con el que nos encontramos ahora, dificultaremos que él asuma su identidad, dado que, planteado así, ésta será la causa de que cueste tanto relacionarse con él.

Problemas como, por ejemplo, torpezas o pequeños engaños pueden crear situaciones muy desesperantes en cualquier hogar, sobre todo cuando, después de repetidos intentos, no se consigue que mejoren. En el caso de un hijo biológico se pueden llegar, incluso, a justificar por el parecido con padres u otros familiares ("¡qué se le va a hacer, si es igual que su padre!"), con lo que se consigue tolerar un poco mejor el problema, y aun encontrarle la gracia.

Cuando se desconocen los orígenes biológicos, esa alusión no la podemos hacer; no nos queda, digamos, ese consuelo. Expresiones tan genéricas como "¡es que no vas a tener arreglo nunca!" o "¡no hay manera de conseguir nada de provecho de tí!" pueden escaparse con mucha facilidad como forma de mostrar desesperación. Pero, a la vez, también pueden ser entendidas por el niño como que el 'equipaje' con el que vino es ya inamovible. Es decir, que su origen tiene

la culpa de que sea así.

Podemos intentar, en cambio, hablar sólo de la situación actual y referirnos a lo que acaba de pasar y a cómo se puede arreglar, de forma concreta, el problema con el que nos encontramos ahora. Además, lo que pasa una vez servirá de experiencia, si se aprovecha para reflexionar con el niño, para intentar hacer las cosas de otra manera en próximas ocasiones.

Es importante, además, enseñarle las ventajas y los beneficios para todos de reparar lo que se ha hecho mal, de perdonar al que ha cometido algún fallo y de tolerar las torpezas fruto del despiste o de la falta de práctica en hacer algo concreto. Para él será más fácil ir teniendo una imagen más positiva de sí mismo si le damos la oportunidad, o le enseñamos, a compensar esos fallos, poniendo de su parte lo que poco a poco va siendo capaz, o va aprendiendo a hacer bien.

Podemos añadir además, aunque sin ánimo de ser exhaustivos, que...

- ▶ es importante disponer de tiempo y estar atentos a sus necesidades, tanto de **ayuda** como de **control**,
- ▶ vale la pena basarse sobre todo en **ignorar** lo negativo de su conducta, no demostrando sentimientos (ni enfado ni alegría), a la vez que atendemos a conductas más positivas o proponemos actividades más adecuadas,
- ▶ podemos expresar disgusto, con firmeza pero sin demasiada intensidad,
- ▶ si reflexionamos un poco sobre los beneficios reales de nuestras costumbres, caeremos en la cuenta de que muchas de ellas no tienen tanto sentido como para empeñarse en que las acepte como propias.

11

Y luego seguro que nos iremos encontrando en momentos angustiosos, o especialmente comprometidos...

Por ejemplo, una cosa es tener claro que **nuestro hijo sabrá que es adoptado**, que una relación así se tiene que basar en la sinceridad,

que el ser adoptado no es algo que haya que ocultar porque sea malo, o porque tenga que dar vergüenza...

pero el caso es que, cuando te pones a pensar en **cómo abordar el tema...**

en qué pasará cuando llegue el momento...

es algo así como cuando piensas que en algún momento tendrás que hablarle de sexo,

pero no sabes qué harás en ese momento

y te entra cierto malestar...

incluso parece que el corazón se te pone a latir más rápido

¿existirá alguna fórmula maravillosa que nos ayude a pasar el trago airosamente?

Para que empecemos a plantearnos el tema con un poco más de tranquilidad, lo que cuenta es que nosotros nos sintamos orgullosos de ser familia adoptiva, y que no nos planteemos que tenga que existir un momento a partir del cual hablemos sinceramente acerca de quiénes somos.

La revelación de los orígenes reales a un hijo adoptivo se ve a veces como un tema tabú, y nada más pensar en él puede suponer dar un respingo. Pasa lo mismo que con otros, como puede ser el hecho de tener que hablar con los hijos de sexo, o en otro orden de cosas, ir a hablar con alguien que sabemos que tiene cáncer. Cuando pensamos en algo como algo malo, nos puede poner muy nerviosos tener que referirnos a ello.

Pero, en realidad, todos somos personas sexuadas y una de las cosas que le resulta divertido descubrir a cualquier niño es que los chicos y las chicas tienen diferencias.

De la misma forma, la mayoría de la gente teme al cáncer, pero actualmente dicha enfermedad no es ya sinónimo directo de dolor y muerte, y cuando se le pregunta a alguien suele preferir que, en el caso de que se le diagnostique, no se le oculte la verdad ni se le trate como un apestado al que hay que rehuir.

Normalmente son los prejuicios que tenemos, las ideas de que algo es bueno o malo, las que nos hacen ponernos más o menos nerviosos al tener que plantearlo. Pero cuando vamos teniendo claro que puede ser divertido y normal, más que problemático, que un niño descubra que es distinto a una niña, no buscamos ocultárselo. Y cuando nos damos cuenta de que un paciente de cáncer puede agradecer que le preguntemos cómo se encuentra y que le ofrezcamos nuestro apoyo para lo que necesite, nuestra relación con él puede mejorar apreciablemente y le podemos ayudar a que afronte su enfermedad con mucho más ánimo. Ni es un problema el sexo, ni es malo hablar con un enfermo sobre su estado de salud.

De la misma manera, no se es menos familia por ser familia adoptiva ni los hijos quieren menos a los padres cuando se enteran de que son adoptivos. Y por ello, no tiene sentido no querer preocupar a nuestro hijo confesándole la verdad. Es precioso encontrar el camino de la felicidad a partir de dos mundos que mutuamente se necesitan, pocas personas pueden gozar de tal suerte.

¿Hay, entonces, una edad a partir de la cual conviene empezar a hablar del tema? Sólo hay una respuesta: desde siempre.

Al fin y al cabo...¿existe una edad a partir de la cual empezar a educar? En todo caso, a cada edad habrá que educar de una manera.

Si se ha ido asumiendo la peculiaridad desde el inicio, tanto por parte del hijo como por parte de los padres, no tienen porqué darse momentos de ruptura, de crisis o de fracaso, terribles para todos en cualquier caso, pero fundamentalmente para el niño. La familia adoptiva puede ser un buen ejemplo de continuo enriquecimiento mutuo, al poder disfrutar de las peculiaridades de cada uno de sus miembros.

¿Y qué puede significar eso de empezar a hablar desde siempre de la adopción? Pues, entre otras cosas, que sea una palabra que no cueste decirla en los momentos en que sea natural

hacerlo. Si seguimos con el ejemplo de antes, y pensamos en la situación de hace unas décadas, caeremos en la cuenta de que a nuestros padres la palabra sexo les costaba decirla. La evitaban todo lo posible y muchas veces empleaban sinónimos o frases completas para referirse a ella.

También la palabra adopción y otros términos relacionados surgen muchas veces, y cada vez más, afortunadamente, de forma natural. Todos conocemos a otras familias en las que hay también algún hijo adoptado, o personas que no pueden tener hijos de forma biológica, o tenemos noticias de lugares en los que las familias no pueden cuidar a sus hijos como quisieran. De la misma manera, es lógico que no sepamos si nuestro hijo siempre ha sido mal comedor, o si antes dormía bien o mal, y reconocerle que no conseguimos entender sus gustos puede ser una expresión natural, dado que antes no nos conocíamos.

Son todo temas que es normal hablar en casa, y no sólo con el hijo cuando él los entienda. Cuando sea pequeño, el que no sea capaz de expresarse él verbalmente no quiere decir que no se entere de cómo se expresan los que le rodean. Además, a cualquier hijo se le habla y se le cuentan cosas antes de que él sea capaz de repetir las o de entenderlas, y es la mejor forma de que él empiece a expresarse. Y todo lo que se diga con naturalidad, él lo asumirá como natural, sin prejuzgar que pueda tener más o menos importancia. A veces los niños nos sorprenden y nos dan grandes lecciones de espontaneidad, de las que podemos aprender mucho.

12

Muy bien, muy bien, todos **muy felices dentro de casa**, pero...

¿qué pasará si un día llega del cole diciendo que **le han llamado bicho raro**?

porque nosotros podemos ser muy respetuosos con su país de origen y con sus padres biológicos,

pero no será lo mismo que sus compañeros se metan con su aspecto físico,

o que él se queje alguna vez sobre los inconvenientes de ser diferente,

en el cole le pueden hacer daño,

que los niños pueden ser muy crueles cuando tienen ganas de bromear...

¿y cómo conseguimos que no se sienta raro,

que no le dé vergüenza?

¿**A**lguien se plantea alguna vez cómo va a mandar a su hijo pelirrojo a un colegio en el que no hay ningún otro niño pelirrojo?

Si nuestro hijo es más moreno o más pálido o más pequeñito o con los ojos más achinados que los otros niños del cole es porque **EN SU PAÍS DE ORIGEN SON TODOS ASÍ**. Y él lo podrá comprobar cuando vayamos a verlo, o en las fotos que le enseñemos, o en las películas que veamos. Y eso no quiere decir que sea menos guapo o menos listo o un bicho raro: es

distinto porque sus padres quisimos que fuera así y es un ejemplo de que somos una familia muy especial, peculiar y diversa, fruto orgulloso de una sociedad múltiple y abierta, a la que estamos muy satisfechos de pertenecer.

Es muy frecuente, a pesar de todo, que los niños lleguen de vez en cuando apesadumbrados del colegio, y que sus padres no consigan entender qué ocurre a no ser que se vayan fijando en pequeños indicios o comentarios que pueda ir haciendo el niño más adelante. Y cualquier diferencia puede ser motivo de dichos sentimientos de pesadumbre o también de rabia.

Es normal que aparezcan, tanto porque le haya llamado 'moreno' el niño con más éxito de clase, como porque todos llevan siempre zapatillas, y además de marca, y él, en cambio, lleva casi siempre zapatos porque nosotros consideramos que tiene dos pares casi nuevos y las zapatillas las destroza todas enseguida. Claro que, con el tema de las zapatillas, podemos estar más o menos dispuestos a ceder, y dejarle que vaya siempre con zapatillas, o a mantener nuestro criterio. Todo depende en gran medida de la importancia que le demos al tema, de lo pesado que se ponga el niño (que puede ser mucho), de lo cansados que estemos por los problemas que hayamos traído del trabajo, y del dinero que tengamos para comprar zapatillas de marca.

Que sea más o menos moreno, sin embargo, es algo que no se puede cambiar, y si pretendemos convencerle de que en realidad no es tan moreno, y que el otro niño es un exagerado y sólo quiere hacerle rabiar, podemos conseguir empeorar la situación. Todos sabemos, y él el primero, que realmente es más moreno que el resto de la clase, aunque no haya nadie a quien echar culpas por ello. ¿Cómo podemos, entonces, consolarle o animarle para que se le pase el mal humor?

El planteamiento tan bonito de que las diferencias son interesantes o enriquecedoras, y de lo bueno que es vivir en una sociedad plural, se nos puede venir abajo rápidamente cuando no encontramos forma de que nuestro hijo, además de nosotros mismos, deje de sufrir y se consuele de su desgracia de ser distinto. Claro que hay dos matices que es bueno hacer ante esto, y que se le pueden plantear así perfectamente a nuestro hijo:

► El hecho de que, para nosotros, una idea sea buena, enriquecedora o interesante no quiere decir que todo el mundo vaya a estar de acuerdo con ella, ni es necesario que todo el mundo esté de acuerdo para que nosotros pensemos así, y lo consideremos bueno.

► Sentir malestar, sufrimiento o dolor en algún momento no necesariamente es negativo. Si nos empeñamos en que nuestro hijo no se sienta mal por algo por lo que puede ser normal sentirse así, podemos complicar más la situación que si simplemente le expresamos nuestra comprensión porque lo sienta, y le animamos a que se acostumbre a que no todo el mundo esté de acuerdo en todo.

¿A quién no le fastidia levantarse pronto por las mañanas?. Se puede sufrir enormemente por el esfuerzo que supone madrugar para ir a clase o al trabajo. Pero luego, en clase se hacen cosas interesantes y hay muchos amigos, o en la oficina es importante nuestra presencia. Y no vamos a dejar de hacer cosas así por evitarnos el sufrimiento de madrugar. Ni tampoco tiene sentido negar lo costoso que es madrugar, aunque sigamos haciéndolo. Es normal, de la misma manera, que nuestro hijo sufra mucho porque otro niño le llame 'diferente' en tono burlón. Pero no por ello tenemos que negar la evidencia, que es distinto, ni

tenemos que cambiar nuestra idea de que las diferencias sean enriquecedoras.

Si nosotros nos mantenemos en nuestra convicción y se lo transmitimos así a nuestro hijo, a pesar de que ahora a él le cueste entenderlo, poco a poco se irá convenciendo también él, y su sufrimiento se irá convirtiendo en satisfacción: la misma satisfacción que sentimos nosotros de formar nuestra familia adoptiva.

Tomar ciertas decisiones supone una de las tareas más difíciles que cualquier ser humano ha de abordar en determinados momentos de su vida. Podemos hacer una profunda reflexión, sopesando pros y contras, sin que por ello lleguemos a estar del todo satisfechos. En ocasiones, incluso, reflexionar demasiado puede llevarnos a complicar más la situación.

Sin embargo, aunque sabemos que el amor no es suficiente para garantizar que los niños y niñas adoptados sean felices, al menos lo que está claro es que, como decía Goethe, "saberse amado da más fuerza que saberse fuerte".

Y esa es la condición fundamental y necesaria, a partir de la cual podemos empezar a reflexionar. Los apuntes y reflexiones que hemos lanzado aquí van dirigidos a todas aquellas personas que, con todos los pros y los contras que ello pueda suponer, están dispuestas a amar a unos niños que van a ser sus hijos a partir de ahora.

Nada más y nada menos.

► Lecturas Recomendadas

► **MARÍA R. MATEO**

¿Por qué adoptar en otro país?.

Guía para padres y profesionales. Ed. CIES, Barcelona, 1995.

► **STEPHANIE E. SIEGEL**

Su hijo adoptado. Una guía educativa para padres.

Ed. Paidós, Barcelona, 1992.

► **ELAINE ASTON**

Aprendiendo a conocerlos.

Ed. Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid, 1990.

► **MERCÈ COMPANYY**

La historia de Ernesto. Col. El barco de vapor.

Ed. SM, Madrid, 1997.

▶ **GLADYS O. DE ZICARI y MARTHA M. DE FORMAGGINI**

La familia adoptiva. Sus problemas, evolución, ciclo vital, psico-profilaxis.

Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1987.

▶ **DOMINIQUE DE SAINT MARS y SERGE BLOCH**

Nina es adoptada. Col. Así es la vida.

Ed: La Galera. Barcelona, 1998.

▶ **DIRECCIÓN GENERAL DE LA FAMILIA Y ADOPCIONES**

Guía para la adopción.

Ed. Generalitat Valenciana, Conselleria de Bienestar Social, Valencia, 1998.

▶ Direcciones de Interés

▶ Información en **teléfonos PROP:**

ALICANTE. 965 93 40 00

CASTELLÓN: 964 35 80 00

VALENCIA: 963 86 60 00

▶ **Secciones de Familia y Adopciones de las Direcciones Territoriales de Bienestar Social:**

C/ Primitivo Pérez, 8 - 03010 - ALICANTE Teléfono: 965910208

Pl. María Agustina, 1 - 12003 - CASTELLÓN Teléfono: 964358600

Av. Barón de Carcer, 36 - 46001 - VALENCIA. Teléfono: 963866750

▶ **Dirección General de la Familia y Adopciones**

Paseo de la Alameda, 16 - 46010 - VALENCIA. Teléfono: 963866701

▶ **Servicio de Publicaciones y Documentación de la Conselleria de Bienestar Social**

Paseo de la Alameda, 13 - 46010 - VALENCIA Teléfono: 963393315

(En horario habitual de atención al público, se puede acudir a consultar tanto los libros a los que nos referimos más arriba, como otras publicaciones que vayan apareciendo sobre el tema)

